

solo Dios sabe por cuántos siglos y sobre qué regiones del globo! Son, porque son; no se toman no se dejan á voluntad, sobre la palabra de tal ó cual boca; forman parte del corazon mismo, mas aun que del espíritu del hombre.—¿Qué hombre dirá:—soy cristiano porque tengo tal respuesta perentoria, en tal libro, ó tal objecion insoluble en tal otro? Todo hombre sensato a quien se le pida, cuenta de su fé responderá:—soy cristiano porque la fibra de mi corazon es cristiano, porque mi madre me ha hecho mamar una leche cristiana; porque las simpatías de mi alma y de mi mente, están por esa doctrina, porque respiro el aire de mi tiempo, sin preveer que respirará el porvenir.

Veíanse dos aldeas en las escarpadas márgenes del lago de Genesaret,—una á un cuarto de hora de marcha, en frente de nosotros al otro lado del Jordan; la otra, á algunos centenares de toesas sobre nuestra izquierda y en la misma orilla del rio. No sabiamos por qué casta de árabes estaban pobladas aquellas aldeas y nos habian prevenido que estuviésemos ojo alerta y contásemos con alguna sorpresa de parte de los árabes del Jordan, que no toleran que atravesase nadie impunemente sus llanuras y su rio. Llevábamos buenos caballos, buenas armas, y la rápida é inesperada conquista de la Siria por Mehemet-Alí habia sobrecojido y aterrado de tal suerte á los árabes, que el momento no podia ser mas oportuno para intentar atrevidas es-

cursiones en su territorio; ellos no sabian quiénes éramos, por qué caminábamos con tanta confianza por su pais, y naturalmente podian suponer que nos seguian fuerzas superiores á las que ellos podian desplegar contra nosotros; el miedo de mañana, el temor de una pronta venganza aseguraba pues nuestro viage. Con esta idea, fuí á acamparme valerosamente en el centro mismo de la última aldea árabe de que he hablado, y cuyo nombre ignoro; está construida, si puede llamarse construccion á un informe hacinamiento de piedra y de barro, en la estremidad misma de la elevada playa que domina el mar de Galilea. Mientras que nuestros árabes disponian nuestras tiendas, bajé solo la escarpada pendiente que conduce al lago; bañábala murmurando y la ceñía de una franja de ligera espuma que se desvanecia y se volvía á formar á cada subida de sus rápidas y menudas oleadas, semejantes á las olitas de un mar sosegado y profundo que van á morir sobre la arena en el confin de un estrecho golfo; apenas tuve tiempo para bañarme en sus aguas, teatro de tantas acciones del gran poema moral moderno. el Evangelio, y de coger para mis amigos de Europa algunos puñados de sus conchitas; ya el sol habia descendido detras de las altas cimas volcánicas y negras de la meseta de Tiberiades, y alguuos árabes que me habian visto bajar solo y rondaban por la playa, podian caer en la tentacion de acometerme; con mi escopeta al

hombro fuí derecho hácia ellos; miráronme y me saludaron poniendo la mano sobre su corazon:—volví á nuestras tiendas; nos tendimos en nuestras esteras, reuidos de cansancio, pero con las armas al lado, para estar en pié á la primera alarma; nada turbó el silencio y el sueño de aquella hermosa noche, durante la cual estuvimos arrullados por el blando y halagueño rumor de las olas del mar de Jesucristo que iban á espirar en sus orillas; por el viento que soplaba, con armoniosas bocanadas, entre las cuerdas tendidas de nuestras tiendas, y por los piadosos sentimientos y los sagrados recuerdos que cada uno de aquellos rumores despertaba en nosotros:—al dia siguiente, al alba, cuando salimos de las tiendas para ir á bañarnos de nuevo en el lago, no vimos mas que las mugeres de los árabes, peinando sus largos cabellos negros en las azoteas de sus chozas, algunos pastores ocupados en ordeñar para nosotros, vacas y cabras, y los niños encueros de la aldea que jugueteaban familiarmente con nuestros caballos y nuestros perros; los gallos cantaban, los chiquillos lloraban, las madres cunaban ó daban de mamar á sus hijos como en una tranquila aldea de Francia ó de Suiza. Dímonos el parabien de habernos aventurado á recorrer una parte de la Galilea tan temida y tan poco conocida, y no dudamos que la misma pacífica acogida halláramos en el interior del pais si queríamos internarnos en la Arabia: teníamos todos los medios de

atravesar con seguridad la Samaria y el territorio de Naplusa, la antigua Sichein, gracias á M. Cotafago, que es todo poderoso en este pais, y que nos ofrecia hacernos anunciar por sus numerosos amigos árabes y acompañar por su propio hermano.

Inquietudes personales me precisan á renunciar á este camino y á volver á tomar el de Nazaret y el monte Carmelo, donde espero hallar espesos y cartas de Berut.

Sin embargo, montamos á caballo para costear hasta el fin del mar de Tiberiades, las sagradas orillas del hermoso lago de Genezaret. La caravana se alejaba silenciosa de la aldea en que habíamos dormido, y caminaba por la márgen occidental del lago, á pocos pasos de sus aguas, por una playa de arena y guijas, sembrada de trecho en trecho de algunas matas de ogiacanta y arbustos de hojas ligeras y festoneadas que dan una flor parecida á las lilas.

A nuestra izquierda, una cordillera de cerros perpendiculares, negros, pelados, cortados por hondas barrancas, salpicadas de inmensas piedras volcánicas, se estendia en toda la longitud de la ribera que íbamos costeando, y avanzando en forma de promontorio sombrío y pelado, casi hasta la mitad del mar, nos ocultaba la ciudad de Tiberiades y el fondo del lago por el lado del Líbano. Ninguno de nosotros hablaba; todos los pensamientos eran íntimos, agitados, profundos, tan alto alzaban la

voz los recuerdos sagrados en el alma de cada uno de nosotros. En cuanto á mí, jamas ningun sitio de la tierra habló á mi corazon mas fuerte y deliciosamente. Siempre he tenido sumo placer en recorrer la escena fisica de los sitios habitados por los hombres á quienes he conocido, admirado, querido ó respetado, entre los vivos como entre los muertos. El país que un grande hombre ha habitado y preferido durante su travesía por la tierra, me ha parecido siempre la mas segura y viva reliquia de él,—una especie de manifestacion material de su genio, una muda revelacion de una parte de su alma, un comentario animado y sensible de su vida, de sus obras y de sus pensamientos. Jóven, he pasado horas solitarias y contemplativas, tendido bajo los olivos que dan sombra á los jardines de Horacio, enfrente de las deslumbradoras cascadas de Tibur; muchas veces me he tendido por la tarde al murmullo del hermoso mar de Nápoles, bajo las pendientes ramas de las vides, junto al sitio donde quiso Virgilio que descansasen sus cenizas, porque era el sitio mas hermoso y mas dulce en que descansaron en vida sus miradas. ¡Cuántas mañanas y cuantas tardes he pasado años despues sentado al pié de los hermosos castaños, en aquel vallecito de las *Charmetes*, donde el recuerdo de Juan Jacobo Rousseau me llamaba y me retenia por el simpático atractivo de sus impresiones, de sus sueños, de sus desgracias

y de su génio! Y lo mismo con otros muchos escritores ó grandes hombres, cuyo nombre ó cuyos escritos han resonado profundamente en mi alma. He querido estudiarlos, conocerlos en los sitios que los habian producido ó inspirado; y casi siempre una mirada inteligente descubre una analogía secreta y profunda entre la patria y el grande hombre, entre la escena y el actor, entre la naturaleza y el genio que ella formó é inspiró; — pero no era ya un grande hombre ó un gran poeta aquel cuya morada favorita en la tierra estaba yo visitando;—era el Hombre de los hombres, el Hombre divino, la naturaleza y el genio y la virtud hechos carne; la Divinidad encarnada, cuyas huellas iba yo á adorar en las mismas riberas donde imprimió mas, en las olas mismas que le sostuvieron, en las colinas donde se sentaba, en las piedras donde reclinaba su frente. Con sus ojos mortales vió este mar, estas olas, estas colinas, estas piedras, ó mas bien este mar, estas colinas, estas piedras le vieron; cien veces pisó este camino por donde yo andaba respetuosamente; sus piés levantaron este polvo que levantaban los míos; durante los tres años de su mision divina, va y viene sin cesar de Nazaret á Tiberiades, de Jerusalem a Tiberiades; se pasea en las barcas de los pescadores por el mar de Galilea; calma sus tempestades; sube sobre sus olas dando la mano á su apóstol de poca fé como yo, —mano celestial de que tengo mas necesidad que él en tempestades

tades de opiniones y de pensamientos, mas terribles que las otras.

La grande y misteriosa escena del Evangelio pasa casi toda sobre este lago, y en sus orillas y en las montañas que le circundan y le ven. Ahí está Emau, donde escogió á la ventura sus discípulos entre los últimos de los hombres, para dar testimonio de que la fuerza de su doctrina reside en ella misma, y no en sus impotentes órganos. Allí está Tiberiades donde se aparece á S. Pedro y funda en tres palabras la eterna gerarquía de su Iglesia. Allí está Cafarnaum; allí la montaña donde pronuncia el sublime sermón de la montaña;—allí la otra donde dice las nuevas beatitudes segun Dios;—allí aquella donde esclama: *Misereor super turbam!* y multiplica los panes y los paces, como su palabra engendra y fortalece la vida del alma: allí está el golfo de la pesca milagrosa, —aquí está todo el Evangelio, en fin, con sus dulcisimas parábolas y sus tiernas y deliciosas imágenes que nos aparecen tales cuales aparecian á los oyentes del divino Maestro, cuando les señalaba con el dedo el cordero, la majada, el buen pastor, el lirio del valle;—he aquí en fin, el suelo que Cristo prefirió en la tierra, el que él eligió para primera escena de su misterioso drama; donde durante su vida oscura de treinta años, tenia sus padres, y sus deudos, y sus amigos segun la carne; donde esta naturaleza,

cuya clave poseia, le aparecia con mas encantos; esas son las montañas donde miraba como nosotros, salir y ponerse el sol que tan rápidamente media sus dias mortales;—aquí venia á descansar, á meditar, y á orar, á amar á los hombres y á Dios.

## SIRIA.—GALILEA.

15 de Octubre, 1832.

El mar de Galilea, cuya anchura es de una legua poco mas ó ménos, en la estremidad meridional por donde llegamos á él, se ensancha al principio insensiblemente hasta la altura de *Emau*, estremidad del promontorio que nos ocultaba la ciudad de Tiberiades; luego, de repente, las montañas que le encajonan hasta allí, se abren en anchos golfos por ambos lados, y le forman un espacioso pilon casi redondo, donde se dilata y se desarrolla en un cauce de sobre doce ó quince leguas de circuito.—Este pilon no es regular en su forma, las montañas no bajan por todas partes hasta sus ondas;—unas veces se apartan á alguna distancia de la ribera, y dejan entre ellas y este mar una pequeña llanura baja, fértil y verde como las llanuras de Genezaret; ora se separan y se entrecienden para de-